

viva apetencia de mejora, de avance» (pág. 208). Y esto lo dice después de haber recibido el primer número de la revista *España*, dirigida por Ortega y Gasset.

El epistolario amoroso de Pedro Salinas es prueba —si no tuviéramos el fundamento de sus libros— de su profundo vitalismo y no menos honda espiritualidad: el alma y el amor traspasan la fina urdimbre de sus cartas y de sus versos, sencillos y transparentes, y cuya sensibilidad nos conmueve en lo más íntimo, al mismo tiempo que elevan nuestra inteligencia al nivel de las ideas platónicas.—CONCHA ZARDOYA (*Virgen de Iciar*, 21. *El Plantío*. 28023 MADRID).

América en sus crónicas

Por vez primera en la compleja y peculiar historiografía americana se da respuesta a una necesidad básica, de la que tan clara conciencia tenían los especialistas, como es la edición asequible y homogénea de las principales obras, que en forma de historia, crónica, relación, diario y otras más rebuscadas denominaciones, produjeron los propios protagonistas, los testigos presenciales o las gentes que con capacidad para ello tuvieron de diversas maneras la oportunidad de vivir América o acceso a unas informaciones sobre aquellas tierras que aún en nuestros días asombran.

Esta ingente labor ha sido acometida por el *Grupo 16*, empresa editorial suficientemente acreditada en la divulgación histórica de alto nivel y sensible, por experiencia propia, al gran vacío que en el campo americanista veníamos padeciendo. Y el resultado se materializa en la colección «Crónicas de América», que con atractiva presentación y cómodo formato hace asequible al lector culto unos contenidos, tan conocidos y polémicos en su pureza originaria, sin el solemne ropaje erudito de las ediciones críticas, tan útiles y necesarias al especialista como intimidatorias para el curioso, pues será el gran público el destinatario de las voces que en ocasiones tardaron siglos en oírse, y a veces el polvo del olvido hacía inaudibles.

Al pasado americano es muy difícil llegar sin el pesado lastre del apasionamiento, el juicio de valor o la tácita necesidad de justificaciones, la mayor parte de las veces anacrónicas. Desde 1492 se va presentando el proceso como controvertido y desconcertante: emerge un mundo ignorado que conmociona las bases más profundas del saber tradicional cargado de medievalismo, surge América como tema, tan libre de opiniones autorizadas precedentes o referencias como necesitado de explicaciones, a veces comparativas, a veces parabólicas y otras fabulosas o legendarias. Junto al hallazgo del «pagano» aparecen sirenas y amazonas y se crean «dorados». Por otro lado, el contacto cultural exigirá la improvisación de sistemas de acercamiento que sustituyan a los puramente militares, pues la evangelización constituirá la razón que legitime la expansión y conquista.

El mundo americano, caracterizado por la diversidad, como corresponde a su enorme extensión, tratará de entenderse desde unos moldes renacentistas, presionados por lo medieval, a los que se resistirá la realidad cotidiana de un medio físico y cultural

que supera lo imaginable. Y así surgirán descripciones inigualables y deseos incontenibles de profundizar en unas formas culturales que, en muchos aspectos denigradas o corregidas, han permanecido hasta nuestros días y pueden rastrearse sus orígenes gracias al escrupuloso registro generado en la primera época del contacto.

Al mismo tiempo se testimoniará el esfuerzo y sacrificio de los hombres sedientos de fama y fortuna que emprenden unos cometidos más calificables de gesta que de empresa, en un medio desconocido y sobrecogedor, venciendo su hostilidad y originando un proceso de civilización, a veces superpuesta a otras precedentes, que configura la personalidad básica de los actuales pueblos de América.

Si diversos y enfrentados, muchas veces, son los hechos y circunstancias que se hilvanan en la imposición unificadora y administración común, también serán muy diversos los agentes que nos den noticia de aquéllos, condicionados por sus circunstancias personales en razón de su función e intereses. Así, el término genérico de «cronista» agrupará a celosos misioneros que furiosamente combatirán la idolatría o con suavidad inculcarán el cristianismo, unos arrasando y castigando, otros protegiendo con defensa y enseñanza; a soldados que tras de impresionar con el testimonio de su esfuerzo se quejan de su suerte o dejan en el aire peticiones nunca atendidas, sobrecogiendo con los peligros y dificultades superados o admirados de la facilidad con que su valor y dignidad rendía a las gentes autóctonas; a los funcionarios, justos o venales, preocupados por corregir las deficiencias del sistema y quejosos de las dificultades y carencia de medios, unos y otros obligados a *visitas* e informes oficiales periódicos cuando ni la magnitud del proceso en que participaban era capaz de estimular su capacidad literaria; los «de oficio», religiosos o funcionarios que tienen la responsabilidad de escribir la historia oficial de órdenes religiosas, ciudades o virreinos, con frecuencia mucho después de sucedidos los hechos que narran y no siempre bien documentados; a los extranjeros, participantes ocasionales que entienden el proceso desde una mentalidad distinta a la castellana; y, en fin, a los poetas.

En la mayor parte de los casos será la principal cualidad de sus obras el protagonismo o al menos la vivencia y conocimiento directo de lo que cuentan, proponen o juzgan; obras no siempre divulgadas y más conocidas por su cita fragmentada o referencia global, que han servido desde añejas ediciones para apoyar las más diversas hipótesis, lo mismo rigurosas que partidistas, aumentando la confusión de los simples planteamientos, de signo triunfalista o denigratorio, que gravita en la historia americana, en parte por ese indiscriminado uso fragmentado de su propia historiografía.

Merece el respeto de lo sensato y deseable proporcionar al lector interesado ediciones íntegras y depuradas, claras y sencillas, encuadrando en los estudios preliminares al autor en su época para dar paso al testimonio de quienes siguieron desde los escenarios americanos el drama siempre duro del contacto cultural, de la conquista, de la innovación impuesta y de la resistencia al cambio, constantes sociológicas, tan humanas como irreversibles, tan complejas como diversas, que exigen para su interpretación el ser asumidas como historia compartida y no como reserva demagógica al servicio de los más diversos y contrapuestos intereses y ausente, en todo caso, del más elemental espíritu científico.

Cuatro obras fundamentales han aparecido dentro de la colección y a ellas nos vamos a referir brevemente.

De Hernando Colón, la *Historia del Almirante*, en edición de Luis Arranz, en cuyo estudio preliminar se nos caracteriza a un Hernando meticulado, bibliófilo y entendido en cosmografía, que ha vivido con pasión filial los avatares paternos y que, constituido en defensor familiar, no duda en exponer verdades a medias, para contrarrestar los ataques judiciales —negativa de la exclusividad del descubrimiento—, científicos —cuando se trata de identificar las Antillas con las Hespérides— y personales —referidos a los orígenes familiares— de que se hace objeto a Colón, provocando la airada respuesta de Hernando.

En ciento ocho cortos capítulos, a los que hay que añadir la relación de fray Ramón Pané, que consta de otros veintiséis, se presentan al lector los acontecimientos fundamentales de la vida del Almirante, desde su nacimiento y origen —que con pretensiones de nobleza se hace remontar a la Roma clásica—, su juventud, formación y causas e incidencias que le llevaron a la firma de las capitulaciones de Santa Fe y posterior descubrimiento de América. Los cuatro viajes forman el grueso de la obra, conjugándose la participación personal del propio autor y el acceso a diarios, papeles y notas de Colón, hoy perdidos, que confieren un especial valor a la obra si se aborda con espíritu crítico y se completa con los episodios ausentes que pudieran desdorar la visión panegírica que del Almirante ofrece Hernando.

Mención especial merece la relación de Pané, incluida en el capítulo LXII, que constituye una pieza única, la primera descripción etnográfica de los indígenas antillanos —salvada gracias a su inclusión en la *Historia del Almirante*— en la que con brevedad y concisión se registran mitos, creencias, prácticas y costumbres, así como las primeras actividades evangelizadoras en el Nuevo Mundo.

La *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, es, sin duda, una de las obras de su género más amenas e interesantes, que añadiendo al valor historiográfico el ingenuismo literario han contribuido al conocimiento de la conquista americana, a la vez que polémica y duramente criticada de cuantas se han escrito.

La edición que nos ocupa, con estudio preliminar de Miguel León-Portilla, ofrece un texto depurado de las múltiples adiciones de que fue objeto el original a lo largo del tiempo.

En los doscientos doce capítulos de la *Historia verdadera* nos pone Bernal al corriente de su paso a América, a los dieciocho años, con las gentes mandadas por Pedrarias (1514), alargándose en el tiempo hasta 1568, aunque la parte principal de la obra se centra en un período más corto, que arranca de las expediciones en 1517 con Francisco Hernández y las de Grijalva y Cortés en los dos años siguientes, hasta la conclusión de la conquista mejicana, con indudable énfasis en la figura de Cortés, aunque reivindicando constantemente la importancia de los demás conquistadores.

Bernal escribe de memoria, una memoria prodigiosa, que a veces le traiciona en las fechas, reviviendo con palabra llana la gesta en la que participó día a día, sin que falte la nota amarga del descontento y el deseo de testimoniar el esfuerzo y sacrificio de los hombres de Cortés, glorificado por Illescas y Gómara en sus obras, lo que